

ESPAÑA, 1918-1931

Nos hallamos ante un período de nuestra historia muy poco conocido, y que suele pasarse por alto en la mayoría de los programas de enseñanza media. Y, sin embargo, es uno de los más complejos y apasionantes, indispensable para comprender nuestra historia en este casi acabado siglo XX.

POR DANIEL ALENTO



Alfonso XIII sube al poder en 1902, tras alcanzar la mayoría de edad, desplazando a su madre del papel de regente que había ocupado tras la muerte de Alfonso XII. Como rey, es inquieto e intenta participar de manera activa en la gobernación del país. Para ello, deberá librarse del dominio de sus ministros, acostumbrados a hacer y deshacer sin interferencias durante la Regencia, así como socavar la importancia del parlamento. Hereda un país poco desarrollado, sin una estructura industrial moderna, y con un régimen político basado en la alternancia en el poder de liberales y conservadores. Esta fórmula de la alternancia en el poder entró en crisis con la llegada del siglo XX, y sobre todo a raíz de la guerra contra los Estados Unidos que le costó a España la pérdida de Cuba, Filipinas y Puerto Rico, y de la que la población responsabilizó a los políticos. Si bien en los primeros tiempos de la alternancia no se realizaban elecciones, sino que se acomodaba el cambio de régimen a las diferentes crisis que se sucedían, posteriormente se introdujo una farsa de elecciones en las que se falseaban o compraban los votos. Sin embar-

go, cada vez se fue haciendo más difícil controlar los resultados electorales.

En el aspecto social España tampoco era un país tranquilo. Por una parte se hallaba el enfrentamiento entre los intereses agrarios, partidarios de una política más aperturista, y los intereses industriales (centrados básicamente en Cataluña y el País Vasco), que pedían un proteccionismo a ultranza para defender sus productos. La burguesía catalana y el capital industrial de esta zona estaban representados por la Lliga, partido que tenía en Francesc Cambó a su líder más destacado. Por otra parte, la pugna por el control de las clases populares era otra fuente de crispación. Su bajo nivel de vida había facilitado la propagación de ideas socialistas y anarquistas, tanto en las ciudades como en los ámbitos agrarios. Así, la C.N.T. nace en 1911. En 1915 contaba con 15.000 afiliados, que llegaron a 600.000 en 1919. Para contrarrestar el auge de socialistas y anarquistas, la Iglesia y las clases altas utilizan como arma la religión, intentando catolizar a la sociedad española. Sin embargo, su programa se basa en la piedad y la limosna, y no en mejorar realmente las condiciones de vida de las clases populares. Se llegan a crear sindicatos católicos, alguno al margen de la patronal, como un puente intermedio entre las ideas marxistas y los intentos de la Iglesia. Y unido a todo esto, no se puede olvidar un fuerte clima de hostilidad hacia la religión y, por supuesto, la Iglesia, especialmente fuerte en Madrid, Valencia y Barcelona. Los bastiones principales del catolicismo eran Navarra, el País Vasco y parte de las dos Castillas.

La crisis de la posguerra

Con la I Guerra Mundial llegó a España una época de prosperidad económica. Al estar las principales naciones europeas en guerra, la neutralidad española le permitía vender sus productos a ambos bandos. Esta prosperidad trajo consigo un alza de precios que no se vio acompañada en muchos lugares de una subida de los salarios, lo que provocó el rápido crecimiento de las organizaciones obreras. Esta bonanza económica no trajo consigo la mejora de la estructura industrial española. Los beneficios no se reinvertieron para mejorar o desarrollar la industria, sino que el aumento de producción se basó en mayor número de horas de trabajo con la misma maquinaria, y el lógico desgaste de la misma al final de la guerra. Por otra parte, a



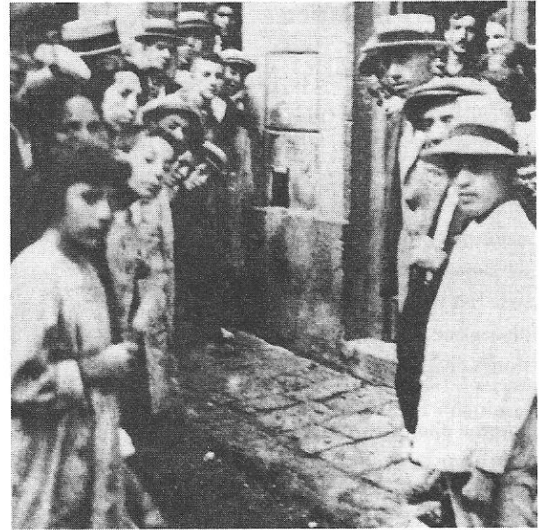
El rey Alfonso XIII, sentado, con su primer ministro Eduardo Dato.

pesar del convencimiento lógico de que no se debía intervenir en la guerra, la idea de entrar en la misma era utilizada por los partidos al margen del gobierno como un arma para atacarlo. En 1917 se inicia una crisis política con las peticiones de las juntas de defensa que agrupaban a oficiales del ejército (normalmente, con un grado máximo de coronel). Nace la convicción de que es necesario un cambio realizado por el Ejército en oposición a la desprestigiada clase política. El nombramiento del conservador ortodoxo Dato (junio de 1917) como jefe del gobierno unió a este movimiento reformador a los intereses industriales catalanes, la clase obrera y los reformadores radicales que querían unas nuevas Cortes Constituyentes. El complejo panorama político resultante de esta extraña alianza y el desgaste que los partidos sufrieron a raíz de esta crisis dejó el régimen parlamentario español seriamente comprometido. El poder iba recayendo en gobiernos conservadores, pero que no gozaban de demasiada estabilidad. La enemistad entre los dos principales líderes conservadores, Dato y Maura, tampoco ayudaba a la gobernabilidad del país.

Y para acabar de alegrar el panorama, con el final de la I Guerra Mundial en 1918 España deja de tener un papel preponderante como suministrador de los países que hasta entonces estaban en guerra. Todo el sistema económico español se resiente. A partir de 1919 se produce una grave crisis. Muchas empresas cierran y aumenta el paro, los precios bajan y los beneficios disminuyen. Las diferencias entre la patronal y los sindicatos, que habían permanecido semiocultas durante el período de prosperidad, aparecen ahora con toda su fuerza. Nace una guerra abierta entre los patronos y las asociaciones obreras. Unos, por miedo a perder sus beneficios, y otros, para conservar los salarios y los empleos conseguidos durante la Gran Guerra. Las armas de la patronal eran el lock-out (cierre de fábricas), la no contratación de afiliados a los sindicatos, e intentos de patrocinar fuerzas sindicales opuestas a la C.N.T., principal asociación obrera. El sindicato anarquista, por su parte, tenía en las huelgas su principal fuerza de choque. Su fin último era lograr, cuando los obreros estuvieran preparados, destruir totalmente a la sociedad burguesa con una huelga general revolucionaria. Los intentos de mediación por parte del gobierno de turno solían ser infructuosos y en vano, ya que ninguna de las dos partes, en el encarnizamiento de su confrontación, prestaba atención a las propuestas gubernamentales. La violencia se apoderó de las calles. A los pistoleros contratados por la patronal se unieron los atentados terroristas del sector obrero. Este

clima de violencia fue especialmente destacado en Barcelona. Esta ciudad era un caldo de cultivo apropiado para la violencia, con la presencia en ella de elementos delictivos de toda Europa durante los últimos años de la guerra. El dinero alemán había financiado durante el conflicto numerosas huelgas en las fábricas de municiones que abastecían a los aliados y, en casos extremos, asesinatos de patronos poco receptivos a sus propuestas. Bravo Portillo era el jefe de una banda de espionaje culpable de haber informado a los alemanes de la salida de barcos españoles de los puertos mediterráneos, que luego fueron torpedeados por los germanos. A la salida de la cárcel, fue contratado como agente al servicio del capitán general de Cataluña, Milans del Bosch. Tras el asesinato de Bravo Portillo, como represalia por el asesinato del jefe sindicalista Pablo Sabater (preparado por él), el control ejecutivo de la guerra sucia recayó en el barón de Koenig, un agente alemán durante la guerra. Su misión no sólo debía ser la de encargarse de los líderes sindicales, sino también crear un clima que permitiera la declaración de la ley marcial y la suspensión de las garantías constitucionales. El problema es que le gustaba llevar un tren de vida muy elevado, y para financiarlo se dedicó a vender "protección" a los patronos (al más puro estilo mafioso). Tras un año de tejemanejes, su banda fue desarticulada y él tuvo que huir de España.

En 1919 se declararon en huelga en Barcelona los obreros de la compañía hidroeléctrica Riegos y Fuerzas del Ebro. La respuesta fue el encarcelamiento de los sindicalistas y la declaración de la ley marcial. Entonces se desencadenó una huelga general en la ciudad. El número de detenciones aumentó. Milans del Bosch obliga al gobernador civil de Barcelona y a su jefe de policía a abandonar la ciudad, metiéndolos en un tren hacia Madrid. Este hecho provocó una crisis gubernamental y la entrada de un nuevo gobierno bajo Maura, mucho más conservador, en el mes de abril de ese año. Los sindicalistas fueron encarcelados, al tiempo que la banda de Bravo Portillo podía actuar libremente. El clima de violencia se extendió a Andalucía. Poco después se celebraron elecciones, y a pesar de las artimañas del gobierno, la mayor parte de los candidatos oficiales fueron derrotados. Nueva crisis y otro cambio de gobierno, mucho más dialogante. Sin embargo, la negativa de la patronal de aceptar ningún acuerdo reaviva la huelga, y este gobierno cae en septiembre de 1919. Hasta marzo de 1920, en que Eduardo Dato



Lugar en el que cayó asesinado Ramón Bravo Portillo.

forma gobierno, la violencia se enseñorea de la ciudad. Los pistoleros campan a sus anchas. Cada semana caía alguien asesinado.

Dato nombra a Carlos Bas gobernador civil de Barcelona. De talante dialogador, intenta llegar a acuerdos con los sindicalistas. Desarticula a la banda de Koenig e intenta resolver las huelgas en curso. Sin embargo, la patronal y el entonces gobernador militar de Barcelona, Martínez Anido, fuerzan su destitución por el rey, siendo nombrado nuevo gobernador Martínez Anido (noviembre de 1920). Sus métodos no fueron demasiado legales que digamos. Reorganizó a los pistoleros del Sindicato Libre, fundado por la patronal. Su jefe de policía, el general Arlegui, les entregó una lista con sindicalistas que debían desaparecer. En las siguientes 36 horas, 21 de ellos habían sido asesinados. Otro de sus métodos era la "ley de fugas". Un sindicalista era detenido, y en el transcurso de su traslado al cuartel moría "al intentar escapar". Otra de sus opciones era detener a alguien, y ponerlo en libertad...mientras en la calle le esperaban sus pistoleros a sueldo. La respuesta sindicalista no se hizo esperar. El parte de bajas fue de 230 asesinatos en 16 meses. La espiral alcanzó su punto más alto con el asesinato del presidente del consejo de ministros, Eduardo Dato, en mayo de 1921, como represalia por la actuación del gobernador civil de Barcelona. Su destitución, en 1922, no puso fin a la violencia, ya que los pistoleros de Martínez Anido siguieron actuando. En marzo de 1923 caía asesinado en Barcelona uno de los principales líderes sindicales, Salvador Seguí y, como represalia, el cardenal arzobispo de Zaragoza. Hasta la llegada al poder de Primo de Rivera no se acabó este régimen del terror. Entre 1919 y 1923 habían muerto más de 700 personas en esta guerra.



El desastre de Africa

Tras la derrota de 1898, el ejército español había ido languideciendo. Atrás quedaban las épocas gloriosas en Flandes, o la conquista de América. Estaba mal pertrechado, y la paga no era abundante. No eran de extrañar abundantes casos de corrupción entre sus filas, así como la desgana en el servicio y la baja moral de las tropas. Tras un glorioso pasado colonial, las únicas plazas que le quedaban a España eran las posesiones en el norte de Africa, destacando Ceuta y Melilla. A principios de siglo la política respecto a ellas era puramente conservadora. El ejército se limitaba a defenderlas de los ataques de las kabilas moras que no controlaba el sultán de Marruecos. Sin embargo, una mayor penetración francesa en Marruecos cambió esta política, y se consideró necesario controlar la franja de Africa situada frente a la península. Así nació el protectorado español de Marruecos, consolidado por el Tratado franco-marroquí de 1912. Era ésta una zona artificial, totalmente árida e indefendible, de cuyo interior, montañoso e incomunicado, no se tenían mapas exactos. Estaba habitada por tribus que nunca habían reconocido la autoridad del sultán. Se estableció un pacto tácito entre políticos y militares. Estos últimos podían dedicarse a sus sueños de conquista y a sus ejercicios militares, siempre y cuando éstos no costaran la vida a demasiados reclutas (para no enfadar a la opinión pública). Es en este marco donde, en septiembre de 1920, se funda la Legión, con Millán Astray como máximo responsable, y un joven comandante Francisco Franco de lugarteniente. Durante la I Guerra Mundial la expansión africana funcionó bien ya que los agentes alemanes lanzaron a las kabilas contra los franceses. El líder de los indígenas era El Raisuli. Durante la guerra europea el comisario español Jordana le había tratado con benevolencia, dejándole hacer. En 1920 es nombrado comisario el general Berenguer, quien cambia de política y se decide a acabar con él y con Abd el Krim, el otro líder de la kabila, y que antes había trabajado para el gobierno español. El otro mando militar en la zona es el general Silvestre, con quien Berenguer no se lleva precisamente bien. El general Silvestre se encargaba de las operaciones contra Abd el Krim. El rey necesitaba un éxito espectacular que le permitiera librarse del parlamento, y así el temerario Silvestre planificó una marcha en julio de 1921 desde Melilla a Alhucemas, atravesando el Rif por el territorio de Abd el Krim. Una marcha de 64 kilómetros que debía acabar con el poder del kabileño. La fecha de su llegada debía coincidir con un dis-

curso que el rey debía pronunciar con motivo del traslado de los restos del Cid, el día de la festividad de Santiago Matamoros, patrón de España. Sin embargo, dos días antes de llegar a su destino, la columna española fue copada por las fuerzas de Abd el Krim en Annual. En la retirada siguiente hubo 10.000 muertos y 4.000 prisioneros, además de perderse una importante cantidad de material y más de 5.000 kilómetros cuadrados de terreno. El general Silvestre murió en ella. Poco después la guarnición de Monte Arruit (unos 7.000 hombres) fue sitiada. Los supervivientes fueron masacrados tras rendirse a las kabilas (hay que descontar a los oficiales, que fueron conservados vivos para ser cambiados por un rescate). Los hombres de Abd el Krim llegaron a las puertas de Melilla, que se salvó por poco.

Este desastre provocó la creación de una comisión que debía estudiar responsabilidades. Era de conocimiento público que las culpas se las llevaba el rey. El 13 de septiembre de 1923, a falta de 12 días para que las Cortes se reunieran a discutir el informe, el capitán general de Cataluña, Primo de Rivera se pronunció en Barcelona. Primo de Rivera llevaba poco en el cargo. Había sido capitán general de Castilla la Nueva y senador hasta que en el Senado, después del desastre, habló en favor de abandonar Africa. Su hermano había muerto en el monte Arruit. Alfonso XIII nombró a Primo de Rivera presidente del Consejo de Ministros. El militar suspende la Constitución y proclama la ley marcial. Era el inicio de la dictadura.

La dictadura de Primo de Rivera

La subida al poder del militar llegó envuelta de una oleada de optimismo. Presentaba su man-

dato como algo transitorio: *Nuestro propósito es constituir un breve paréntesis en la marcha constitucional de España, para restablecerla tan pronto como, ofreciéndonos el país hombres no contagiados por los vicios que a las organizaciones políticas imputamos, podamos nosotros ofrecerlos a Vuestra Majestad para que restablezca pronto la normalidad.* No tenía preparado ningún programa político, pero sí tenía claro lo que quería: resolver el tema de Marruecos, restablecer la "paz social" y realizar una purga entre los políticos. Veamos como se enfrentó a estos retos personales.

Tras los desastres de Africa, Abd el Krim se hacía más fuerte día a día, mientras las posiciones españolas seguían sin recuperarse del caos que habían vivido. Así, Primo de Rivera ordena abandonar todos los puestos en el interior y retirarse hacia la costa, más defendible. Esta retirada, cuyo mando asumió él en persona, se realizó a finales de 1924, costó 16.000 bajas, y permitió a Abd el Krim desplazar a El Raisuli y disponer del control total del territorio. Sin embargo, la situación cambió radicalmente el siguiente año. La expansión francesa forzó a Abd el Krim a atacar las posiciones del país vecino en mayo de 1925, sufriendo el ejército francés serias derrotas, y estando al borde de un colapso similar al sufrido por el ejército español. En verano, España y Francia prepararon una ofensiva conjunta. Mientras los franceses avanzaban desde Fez atrayendo al grueso de las kabilas, el ejército español desembarcaba en la bahía de Alhucemas y conseguía capturar a las pocas semanas Agadir, la capital de Abd el Krim. La guerra de Africa llegaba a su punto final. En el verano de 1926 Abd el Krim se entregaba a los franceses.

Para restablecer la "paz social" Primo de Rivera se lanzó a la lucha contra los "rojos". El estado

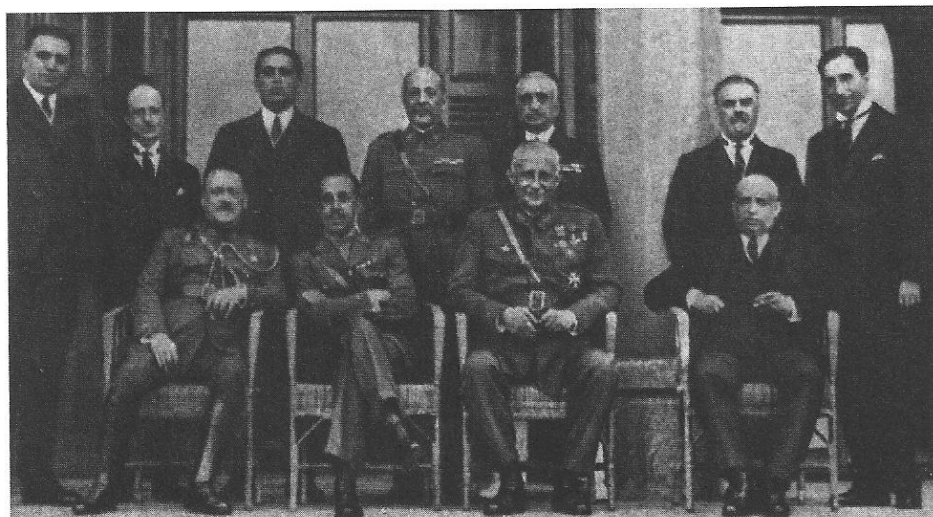


Batería del ejército español defendiendo Melilla.

de sitio, la abolición del jurado, la censura de prensa y la revitalización del *somatén* (policía armada especial de reserva) acabaron con la C.N.T. Martínez Anido fue promovido a ministro de la Gobernación para acabar con el anarquismo, siendo ayudado por sus bandas de pistoleros. Sin embargo, también mejoró las condiciones de los obreros, dándoles casas baratas, un servicio médico, y, sobre todo, los comités paritarios, que debían mediar en los conflictos entre obreros y patronos, y cuyos dictámenes debían acatar ambas partes. Estos comités se componían a partes iguales de obreros y patronos y el voto de calidad se lo reservaba el gobierno. Primo de Rivera no se oponía a las organizaciones obreras, siempre y cuando no usaran su fuerza para fines políticos. Incluso se alió voluntariamente con la U.G.T. Largo Caballero, uno de sus principales dirigentes, llegó a ser consejero de Estado.

Por lo que respecta a la clase política, Primo de Rivera, al subir al poder y abolir las garantías constitucionales, prohibió los partidos políticos. Entre 1923 y 1925 estableció el llamado Directorio Militar, gobierno compuesto sólo por generales designados por su antigüedad. Las provincias eran gobernadas por generales de brigada, mientras se nombraba a capitanes como delegados en los ayuntamientos. Por el Decreto de incompatibilidades nadie que hubiera sido ministro o alto funcionario podía figurar en el consejo de administración de las compañías que contrataba el Estado. En 1924 funda la Unión Patriótica (U.P.), concebida como un núcleo aglutinante de patriotas, desde republicanos a carlistas, a los que pretendía pasar el poder. En 1925, tras las victorias de Africa, cambió el Directorio Militar por el Directorio Civil, en el que entraron tecnócratas "apolíticos" y elementos de la U.P.

La causa del éxito inicial de la Dictadura, aparte de que todo el mundo era consciente de que la situación de crisis debía solucionarse de alguna manera, fue el período de boom económico mundial, con precios altos, dinero barato y mercados en expansión. Sin embargo, su dependencia de la Iglesia y el ejército le granjearon algunos enemigos. No pudo realizar la reforma agraria que tanto necesitaba el país (la Iglesia era el principal terrateniente de España), y tuvo que eliminar las libertades catalanas para eliminar cualquier sombra de separatismo (a pesar de que había tenido apoyos políticos catalanes en su pronunciamiento y subida al poder). Disolvió la Mancomunidad (forma limitada de gobierno regional en Cataluña constituida en 1912) y prohibió el uso del catalán en escuelas y reuniones públicas (incluida la misa), la sar-



El rey (segundo por la izquierda) sentado junto a Primo de Rivera (tercero por la izquierda).

dana (danza tradicional catalana) y la exhibición de la bandera catalana, la *senyera*. La censura que estableció le puso en contra a los intelectuales, que gozaban de un gran peso social. Su campaña de construcción de grandes obras públicas (carreteras, embalses...) desangró a la economía española, y fue impotente para reformar el sistema de impuestos español. En 1927 nacionalizó la distribución del petróleo, poniéndola en manos de CAMPSA. Las compañías extranjeras y gran parte de los intereses financieros españoles se le echaron encima. Sólo los suministros rusos (es curioso, un país "de rojos" abasteciendo a una dictadura clerical) salvaron la situación. El régimen de Primo de Rivera era fuertemente intervencionista en economía, e intentó crear en España una autarquía, sin importar los costes de producción. Se realizaron las exposiciones de Barcelona y Sevilla (1928). La deuda pública creció de 15.000 millones a 20.000. El régimen estaba orgulloso de la solidez de la peseta respecto a otras monedas, y su caída, en 1929, provocó una crisis que arrastró consigo a Primo de Rivera.

La caída del dictador y el fin de la monarquía

En 1929 el descontento contra Primo de Rivera había alcanzado su punto máximo. En Valencia el conservador Sánchez Guerra intentó un pronunciamiento que fracasó cuando el general Castro Girona, que debía apoyarle, le arrestó. En Sevilla nadie se decidió a pronunciarse, así que todo quedó limitado a una revuelta de oficiales de artillería (cuerpo al que el dictador había privado de sus privilegios) en Ciudad Real. El juicio contra los conspiradores los con-

virtió en héroes. Después la conspiración se trasladó a las guarniciones andaluzas, hasta el punto de que el capitán general de la región, tío del rey, le aconsejó prescindir de Primo de Rivera. El 26 de enero de 1930 el dictador envía una circular a los capitanes generales solicitándoles su apoyo. Las respuestas de éstos y el deseo de Alfonso XIII de que dejara el poder le llevaron a dimitir el 29 de enero. Se retiró a París, donde murió meses después.

Le relevó en el poder el general Berenguer, en lo que se ha dado en llamar la dictablanda, que no era más que un intento de salvar el régimen monárquico, tocado de muerte (no olvidemos que Primo de Rivera ocupa el poder oportunamente a tiempo de impedir que el rey rinda responsabilidades por los desastres de Marruecos). Alfonso XIII no contaba con apoyos, ni entre la sociedad ni entre los políticos. A finales de 1930 se produce un pronunciamiento a favor de la República en Jaca que fracasa. En el juicio siguiente, los capitanes Galán y García Hernández son condenados a muerte. Mientras el gobierno duda sobre la aplicación de la sentencia, el rey ordena su ejecución inmediata el 14 de diciembre de 1930. Era el canto del cisne de la monarquía.

El año siguiente se convocan elecciones municipales, mucho más fáciles de manipular que las elecciones a Cortes. Los resultados, que empezaron a llegar al atardecer del 12 de abril, fueron demoledores. Todas las capitales de provincia españolas excepto cuatro votaron por el bloque republicano-socialista. Las elecciones se habían convertido en un voto contra la Monarquía, y a favor de la República. El ejército y la guardia civil retiraron su apoyo a Alfonso XIII, quien el 14 de abril abandonaba España camino de Marsella. Era el fin del régimen.